

La sangre del lagarto

Constantino Carvallo Rey

*Se dirá que tenemos
En uno de los ojos mucha pena
Y también en el otro, mucha pena
Y en los dos, cuando miran, mucha pena...
Entonces... ¡Claro!... Entonces ¡ni palabra!
Cesar Vallejo, *Poemas Humanos*.*

Ha dicho Jules Renard que el corazón y el cerebro parecen formar entre sí un reloj de arena: se llena uno para que se vacíe el otro. No quisiera yo en estas líneas abandonar el discurso racional para transmitirles sólo mi vivencia afectiva de la violencia en la urbe que habito; pero tampoco es mi propósito construir teorías o interpretaciones sociológicas, filosóficas o políticas que no se sustenten en mi experiencia emocional, íntima, dolorosa, de la injusticia que domina nuestras relaciones de cada día. De modo que, amable lector, aprovecho esta gentil invitación para difundir mi percepción, pero sobre todo una suerte de fastidio, de fricción incómoda con la patria herida en la que toca existir.

Entiendo por violencia algo distinto de la mera agresión o daño físico que alguna acción nos puede causar. La violencia alude para mí a un modo de vivir que es contrario a la naturaleza de las cosas y que se impone por medio de la fuerza. Por eso *vís*, su raíz latina, significa poder, vigor, fuerza. Ejercer violencia es obligar a otro a ser contra su esencia, contra aquello que reclama su naturaleza, su modo particular de ser. En este sentido es violento encerrar a una fiera en una jaula pues la priva del movimiento que es consustancial a su cuerpo. La

violencia puede no aparecer como golpe o agresión física e, incluso, podemos imaginar formas de agresión que no signifiquen violencia. Acostumbrados al estallido de las bombas, a la sangre derramada, hemos quedado ciegos para formas más sutiles de la violencia. Como cuando la intensidad de una luz nos torna momentáneamente ciegos para luminosidades diferentes. Es esta insensibilidad, este deslumbramiento monocromático, la consecuencia más grave, pienso, de la presencia nefasta, en la historia del Perú, de Abimael Guzmán y su sendero luminoso.

Desde esta perspectiva, pienso, y siento, que la sociedad peruana es intrínsecamente violenta, funda sus bases sobre una estructura de poder que obliga a vivir a todos, ricos y pobres, bajo el signo de la violencia. Por eso la realización de nuestra esencia humana nos está negada como comunidad, no podemos alcanzar la plenitud de nuestra humanidad por la violencia que la estructura ejerce sobre el ser social. En este sentido debiera interpretarse la célebre advertencia: no hay salvación fuera de la Iglesia. Es decir, no podemos salvarnos como individuos, como entes separados de la red social pues es ella la que nos constituye, la que nos ha humanizado. Los antiguos griegos designaban al hombre que vivía fuera de la comunidad, sin patria, sin dioses compartidos, con un nombre que ha llegado, desvirtuado, hasta nuestros días: *idiota*. Y el propio Homero hace decir a su personaje que es mejor ser esclavo que estar distanciado de la comunidad, sin lazos, a la deriva atrapado por los límites de la individualidad, sin posibilidad de alcanzar incluso la propia conciencia pues hasta ésta es, como lo indica su nombre, resultado del vínculo con los demás.

Tal vez sorprenda lo que voy entonces a afirmar, pero surge de mi experiencia cotidiana como peruano atento y sensible, como persona interesada en el destino común de nuestra patria y de nuestra, a un tiempo, gloriosa y vil especie: *hoy vivimos tiempos más violentos que aquellos de la década del terror senderista*. Sin duda tenemos, algunos, luz y no resuenan ya los coches bombas, pero mirando más allá de lo que nos afecta personalmente, observando el mundo que nos rodea y leyendo las cifras de nuestra convivencia veremos que no sólo no han disminuido las muertes, sino que se ha instalado, o empieza a

instalarse, una estructura de sociedad que hace de la violencia su piedra fundacional, la base sobre lo que se construye el edificio que, arriba o abajo, habitamos todos.

Aunque esta violencia es ejercida contra todos, es evidente de un modo grosero en aquellos que no tienen defensa que los cobijen de la inhumana imposición: los pobres. Y no hablo de los pobres anónimos, de la clase o el conjunto; no, hablo de los que me rodean, de estas caras que debo ver cada día y que me golpean con su miseria, con sus dificultades materiales y espirituales, con su debilidad. Es una violencia que se ejerce sobre ellos al condenarlos desde el nacimiento a vivir una vida infame, pero es también una violencia que se ejerce sobre mí al tener que flotar cada mañana en este océano de miseria sin poder cerrar los ojos o huir a algún país en el que el prójimo no importe o quede convertido por arte de la electrónica en solamente una letra, sin piel, en la pantalla del Internet.

Hoy, por ejemplo, que esto escribo, he debido llamar a Alerta Médica para que atiendan a Teófilo, un niño de doce años que vive en La Victoria y que he acogido en este colegio. Estuvo sonámbulo toda la mañana, como ausente. Al revisarlo enseñó, incómodo, las huellas de una pedrada en la cabeza y el torso. Unos jóvenes, pobres y mestizos como él, lo asaltaron llegando a su casa y lo golpearon para robarle el único sol que tenía para el pasaje del día siguiente. ¿Y qué decir de la señora Guizasola, madre de Roberto, un moreno de Puente Pedra? Su esposo tiene un cáncer extendido, incurable. El dolor lo hace gritar por las noches y no tienen modo de conseguir morfina que los impertérritos médico del Instituto del Cáncer le han recomendado pero no le han administrado por falta de recursos. No lo aceptan en el Hospital pues no tiene dinero y su caso es incurable. Resuenan en la memoria las líneas de Vallejo:

El pobre duerme, boca arriba, a la cabeza de su morfina, a los pies de toda su cordura. Un andarme más o menos y lo llevarán a enterrar, el vientre roto, la boca arriba, sordo el huracán, sordo a su vientre roto...

¿Y cómo reaccionar ante Miguel Angel B.? Tiene dieciocho años y desapareció el jueves pasado. Unos días de angustia ha tomado descubrir que había sido levado, una de las instituciones más racistas y

virreinales que mantiene nuestra sociedad. ¿Y qué puedo hacer con los alumnos de las divisiones menores de un club profesional que teniendo más de doce años no saben leer y apenas suman y restan? Esos que la psicología tras tomarles pruebas estándares me dice que son oligofrénicos. ¿Sabe usted qué hacer con ese niño que duerme bajo las escaleras que conducen a la tienda *Phantom* en plena avenida Diagonal a donde acudo a comprarme un CD para escuchar en la placidez de mi habitación? ¿Cómo se construye la indiferencia, la falta de caridad, la piel dura? ¿Dónde se enfría la sangre del lagarto?

¿No nos violenta el niño de seis años que en la noche lluviosa nos aguarda en el semáforo; ese que trepa el abultado abdomen al capó y riega inopinadamente con enojoso líquido nuestra cómoda luna delantera? ¿O éste que me jala el codo mientras espero turno para ponerme bajo el acrílico azul del cajero automático? ¿O aquél que el otro día espantábamos como moscas mientras conversábamos de pie en el Haití, todos miembros de ONGs, aguardando una mesa para pedir fresas con crema?

Pues bien, organicé unas actividades para dar un momento de alegría a casi doscientos niños de callejones y tugurios de los distritos de Lima la horrible. ¿Sabe usted que? Me pasó lo que a Pestalozzi cuando descubrió a los pobres: no podía creer lo que veía. Sólo dos habían ido alguna vez al cine: ¡dos! El resto no sabía lo que era una sala cinematográfica por dentro; como los hombres del siglo pasado, ni más ni menos. Fuimos también a los Pantanos de Villa. Demás está decir que todo era novedad, Barranco, el circuito de Playas, Villa. Muchos, escúchelo y créalo, no habían visto el mar y, por supuesto, la mayoría no sabía nadar. De allí saldrán los cientos de bañistas ahogados cada verano. ¿Cómo mantener la sangre fría del lagarto, la temperatura que permita seguir impasible, avecindado con tanta inhumanidad, con tanta muerte?

Decía Freud que la moralidad tiene como base el asco, la vergüenza y el pudor. Estos sentimientos son producto de la convivencia humana, de la ayuda exterior en la represión de los instintos. ¿Qué decir de niños que pueden defecar junto a usted, en cualquier rincón, o que se bañan desnudos sin importarles la mirada

ajena? ¿O de esas prácticas promiscuas, esas agresiones que consisten en acercar, amenazantes, los genitales? Puede uno pensar que se trata de mala crianza, falta de modales. Ocurre que la mayoría no tiene en casa una ducha. Averigüe usted si tener agua potable significa tener baño. En lo absoluto. Es sólo un caño para la cocina, un pilón, una batea. Disculpe usted la pregunta: ¿sabe dónde defecan buena parte de los limeños? Sépalo: en la calle, en los pliegues de los muros, agazapados, en los pampones. Por eso no sorprende lo que el médico Monge ha encontrado en el cien por ciento de esta población de doscientos niños: parásitos intestinales. Gusanos infectos que se llevan la poca hemoglobina, el fierro, que consiguen en sus magros alimentos.

¿Cómo construir moralidad si ni siquiera se construye el cuerpo en su variedad de tejidos, con la multiplicidad de aminoácidos diarios que exigen? Agreguemos a esta pobreza intelectual, moral y material, la irracionalidad en los encuentros con el mundo. No se come pollo porque te hace maricón, no se duerme sólo porque te persigue la pelona. La superstición esclaviza la mente, sus propósitos y temores. El mundo es una masa oscura de la que puede saltar cualquier fiera, real o imaginaria. La angustia es la constante, la superstición el conjuro que la detiene. O el trago, o el *pastel*.

En el Perú viven casi diez millones de menores de dieciocho años. Siete o más lo hacen en condiciones de pobreza, tres millones enfrentan sus necesidades de hambre, salud, educación, abrigo, recreación con menos de un dólar diario. El domingo, jugando fútbol en cancha de la U, un jugador juvenil se rompió la tibia y el peroné. Debí llevarlo de urgencia al Casimiro Ulloa. ¿Cree usted que lo atendieron? Nada. Tuve que pagar ciento cuarenta soles o se quedaba en la calle. Ciento cuarenta o se quedaba allí, chillando con los huesos rotos. ¿Y dice el ministro que el seguro escolar no incluye emergencias pues éstas son obligatorias y ya están aseguradas al ser gratuitas por ley en cualquier hospital!

Es ésta la violencia que enfrentamos y que crece entre nosotros. La violencia que nos impide asociarnos y que nos hace vivir, contra nuestra naturaleza política, distanciados los unos de los otros. Y en este modo de organizarnos se hace patente que una gran mayoría no puede

alcanzar su humanidad plena. Una fuerza ajena a ellos los obliga a una vida inhumana. El resto, los que contamos con recursos para mantener a nuestras familias estamos también atrapados en esta violencia. Hemos olvidado por quien doblan las campanas. No podemos disfrutar de nuestros logros pues ellos descansan sobre la multitud hundida, cuyos cuerpos haraposos elevan nuestros pies. ¿Estaría yo aquí escribiendo esto, disponiéndome a ir al cine, a comer bien, si hubiera nacido en un corralón en Pamplona Alta o en un tugurio de La Victoria?

En el verano pasado mi hijo fue golpeado una noche en Barranco. Le abrieron la cara con una botella rota. Nada le robaron. Sólo las ganas de convivir con los peruanos. ¿Qué puedo hacer como padre en esta sociedad del rompan filas? ¿Salir con *mi* pistola a defender *mi* territorio? ¿Comprar *mi* alarma boxer, *mi* seguro Rímac, *mi* rodweiler, *mi* guardaespalda? ¿Enseñar a *mi* hijo a poner la otra mejilla? ¿Cómo se aplaca esta ira, este odio que se ha instalado en los ciudadanos de una misma patria? Con Sendero el enemigo se hizo visible, adquirió un rostro, una mirada. Ahora, en esta sociedad que predica el liberalismo, el enemigo es cualquiera. El vendedor que estafa, el político que roba, el policía que mata la libertad. Y es que como ha escrito un importante filósofo ético de nuestros días, Alasdair Macintyre:

En nombre de la libertad el liberalismo impone una forma de dominio silencioso que, con el paso del tiempo, tiende a disolver los lazos humanos tradicionales y a empobrecer la red de las relaciones culturales y sociales. Mientras buscan imponerse a través de regímenes de poder basados sobre la idea de que cualquiera es libre de perseguir cualquier objeto que considere útil para sí mismo, los liberales privan a la mayoría de los hombres de la posibilidad de comprender la propia vida como búsqueda y logro del bien.

La sociedad se ha hecho violenta, todavía más, porque ha dejado de ser sociedad. ¿Cuál es el pacto plural que funda esta calidad de socios de todos los peruanos? ¿Dónde se encuentra ese bien común que perseguimos todos y que nos impone, mediante la ley, la renuncia aceptada a nuestros deseos antisociales? No hay sociedad, sólo una amalgama híbrida de cuerpos por la calle. Una forma invisible de la anomia que nos violenta a todos y que a todos nos castra al impedirnos el goce de convivir en paz, satisfechos de los bienes conquistados pues

no se obtienen sobre el costo del dolor ajeno. No hay felicidad fuera del sentido de pertenencia a un cuerpo que amplifica nuestra limitación física, que permite instalar nuestra vida en un antes y un después de nosotros lo que da sentido y continuidad a nuestro destino. Esa trascendencia que se da en la inmanencia del clan humano, solidario, basado en la ayuda mutua. ¿Dónde se encuentra ese lugar común que nos hermana a todos, que nos une e identifica nuestros motivos y aspiraciones? Todos somos parias en un país desmembrado, estallado, flotando con nuestros conocidos sobre esquirlas que la geografía nos ha enseñado. Sólo queda negar la miseria que nos circunda o comprometernos para vislumbrar tras cada caso la inmensidad del sufrimiento y nuestra impotencia para consolar tanta tragedia. Pero esa negación es también una forma de violencia. La violencia contra nuestra conciencia, incluso contra lo que nos dice el oído alerta y lo que nos muestra el húmedo ojo. Y el precio es la indiferencia, la sequedad del alma privada de la alegría de integrarse a la comunidad. ¿Cuál es el sentido de los sacrificios que la socialización impone a nuestros instintos si no vamos a recibir la recompensa de los bienes que brotan de la hermandad cálida de los vínculos con nuestros semejantes?

Son pues tiempos violentos. No porque estallen bombas o torturen a un hombre en los calabozos. Son violentos porque tenemos negado el cielo en la tierra. Porque no podemos ser pueblo, nación, sino sólo una fractura más o menos poblada pero siempre separada del conjunto, enfrentada, tomando medidas de seguridad o planeando cómo ganar dinero, poder, prestigio, en las relaciones con el prójimo. La violencia proviene de esta fuerza invisible, impersonal, que nos obliga a ver en el otro sólo un recurso, una fuente para nuestra supervivencia. O porque hemos endurecido el corazón para poder subir la ventanilla del automóvil en el rostro del niño que pide limosna o para no acortar nuestra salud con la indignación impotente.

Es una violencia que proviene de la falta de interés generoso, benevolente; de amor, de caridad. La sociedad, el Estado, no tiene ya como misión ese cuidado del bien común. La sociedad no posee la finalidad de asegurar la existencia digna de todos. Y en la lucha desigual los poderosos no encuentran quien frene su inhumana

voracidad y, sin saberlo, sufren también por su enajenación, su orgullo impropio, sus falsos méritos. Para citar una vez más, a Vallejo.

*¡Más valdría, en verdad,
Que se lo coman todo y acabemos!*

Sufrimos de nostalgia de un país que no hemos tenido y no somos capaces de, por lo menos, tener la generosidad de sacrificarnos para que nuestros hijos sí puedan vivir en un espacio espiritual y físico común: la patria.

La humanidad es un compromiso, nadie es por sí mismo y nadie es fuera de los otros. Nos necesitamos y la ayuda mutua ha sido la fuerza noble que nos permitió sobrevivir como especie. Es en la vida plural de hombres y mujeres libres, iguales en derechos, donde encontramos el consuelo para nuestra finitud inevitable y las pérdidas que el implacable tiempo cobra. Sin sociedad, sin democracia, estamos todos en el páramo, huérfanos; desgajados como el grano de maíz en el suelo o agitándonos inútilmente como la cola de la lagartija arrancada sobre la arena. De esa violencia debemos curarnos, de la que nos impone la fuerza de las cosas, la entropía social que lucha contra la vida, contra la articulación y la unidad de lo viviente. Oponerse es construir una fuerza de signo contrario, que cicatrice donde hay herida y que enlace las células para formar los tejidos para que éstos puedan originar los órganos que, comunicados, darán salud al organismo del que todos habremos de formar parte. Y esta fuerza sólo puede surgir del amor, del compromiso generoso con el otro. Es esta benevolencia el bálsamo que une los intersticios, sin esa mirada marcada por la misericordia, por la piedad, por la *caritas* de los primeros cristianos, el hombre es lobo para el hombre y seguiremos sometidos escuchando el odio, el rencor y el rechinar de los dientes.

Por cierto que, aunque la violencia brota de la idea misma de la sociedad que tenemos, de su modelo, el daño físico, las muertes son reales y continúan día a día. No voy a exponer las cifras del escándalo. Baste con dos que atrapo ahora de la lectura del periódico. Para muchos es un orgullo y símbolo de la mejora del país la construcción del *Jockey Plaza Shopping Center* en Monterrico. Pero lo que usted quizá no sepa es que desde su inauguración se ha producido frente a él

un promedio de un accidente de tránsito al día. Y en lo que va del año han fallecido 97 personas intentando cruzar la Javier Prado a la altura del huachafamente llamado *mall*, más de doscientos muertos al año en un sólo rincón de la ciudad. Los últimos cadáveres, Eduardo y Calixto, como los primeros, pertenecen al estrato humilde de la población, trabajadores y obreros que no teniendo un puente peatonal cerca encuentran ahora en su camino al trabajo el último monumento siniestro de nuestra modernidad. Más allá, los muchachos de la Universidad de Lima tienen sí un puente, aunque la mayoría va y viene en sus novísimos autos deportivos. Los vecinos afectados han elevado firmas al municipio y la directora de un Centro de Educación Inicial, cuyos pequeños alumnos viven aterrados por el constante aullar de las sirenas de los carros policías y ambulancias, reclama una solución, pero nadie hace nada. El centro, por cierto, cuenta sus utilidades y permanece ajeno, indiferente, frente a los accidentes que su presencia ha originado en las calles. La Delegación de la Policía Nacional de Monterrico se ha convertido así, según estadísticas, en la que posee el mayor registro de accidentes de tránsito a partir de la celebrada inauguración. ¿Dónde está la sociedad, la ley, el orden, el bien común, la ayuda mutua, la solidaridad, el cristianismo? ¿Dónde la tibieza de la sangre sino coagulando sobre el asfalto inmundo? ¿No ejemplifica este caso la violencia sin nombre, sin autor, sin rostro, sin responsable y sin solución que enfrentamos en esta muchedumbre anárquica que llamamos ahora el Perú? No hacen falta balas ni bombas para matarnos, basta con esta doctrina inmisericorde del dejar hacer, del becerro de oro, del sálvese quien pueda, pues, sabiduría actual, *el que puede, puede*.

Un segundo dato extraído también del periódico: tres niños menores de un año mueren cada hora en el país debido a la pobreza según una encuesta del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI). El 26% de esas muertes se producen por problemas en el parto. Si Marx decía que la violencia era la partera de la historia debiera conocer el Perú, donde la violencia es la partera cruel de sus niños. Podría exponer largamente la terrible situación material e intelectual de la infancia actual, de esos peruanos del mañana. Pero baste aquí con estos dolorosos partos.

La violencia es una mano apretando a los pobres y es una coraza en el corazón de los que tienen. Todos indigentes, todos sumidos en una forma de miseria, material o espiritual. Todos privados de la patria, de la trascendencia, de la vida plural, de la hermandad. Y todos, cegados por la demencia terrorista, creyendo que no hay más, que está bien esta sociedad pues es mejor que la que teníamos. Hace falta valor para aceptar que no estamos bien, que la miseria oprime a las mayorías, que no vivimos en una auténtica democracia y que millones de peruanos pasan hambre y no pueden alimentar, educar ni curar a sus hijos. Hace falta el coraje de sentir al prójimo. Esto es lo que hemos perdido en medio de esta postguerra. Y es que el valor es la virtud de la pena. Ese valor es necesario predicar, esa valentía que funda la compasión pues, como escribía Aristóteles en su *Etica a Nicómaco*: *valientes son los que soportan lo penoso*.

[Tomado de «PAGINAS», PERÚ, 147-148(Octubre-Diciembre 1997), pp. 39-45]

